

*19 de enero de 1998*

Yo la animaba a que escribiera. La escritura puede constituir una forma de terapia, pero una de las pocas que no estaba dispuesta a probar. Consiguió, a su manera, que su historia saliera publicada, de una manera mucho más dramática de lo que yo aconsejaba. Es una mujer que asume riesgos. Recuerdo que en cierta ocasión le preguntaron si había participado en algún juego de apuestas. Respondió: «Con cartas no».

Redactaba muchas cartas de agradecimiento. Por las noches, en cuanto llegaba de algún acontecimiento, se sentaba delante de su escritorio del palacio de Kensington, se ponía delante una tarjeta con todas las palabras cuya ortografía le resultaba dudosa y escribía esas amables notas de agradecimiento. La gente nunca se explicaba de dónde sacaba el tiempo.

—Lawrence —me decía—, ¿qué se creen que voy a hacer, sola, en esas habitaciones vacías?

*20 de enero de 1998*

La última vez que la vi fue en noviembre. Al despedirme de ella en septiembre la había visto histérica, presa del dolor y el miedo, y sólo se había tranquilizado cuando le pedí perdón por lo que había hecho, por lo que le había ayudado a hacer. Ella se quedó callada hasta que se le secaron las lágrimas.

—No —respondió en voz baja y clara—, no podía seguir. Los dos lo sabemos.

Lo cierto es que, en los meses anteriores, había llegado a temer por su cordura: había perdido al «amor de su vida», daba tantos bandazos que no dejaba de aparecer en los titulares de la prensa sensacionalista, y yo tenía la sensación de que sólo seguía nuestras conversaciones de modo sincopado. A lo largo de los años, una y otra vez, había conseguido superar los períodos oscuros (la traición de su marido, la bulimia, tantos escándalos) y había dejado boquiabierto al mundo. Cuanto más penetrante era la oscuridad, más había brillado ella. Una actitud que resulta imposible

mantener indefinidamente, y yo la había visto tambalearse, al fin, al borde del abismo.

Le pregunté qué iba a hacer. Cómo iba a continuar. Y, aunque momentos antes había estado sollozando hasta que le habían entrado arcadas, asfixiada por lo abrumador de aquella situación, me dedicó esa sonrisa tan suya, completamente sexual y completamente casta, y me respondió:

—Oh, no pensarás que no voy a aguantar esto, por favor.

Sin embargo, en mi siguiente visita la encontré abatida. Tras dos meses de estancia en un anodino barrio residencial de Brasil, poniéndose morena, vulgarizando su acento, quizá ya se había hartado de la «normalidad» que creía anhelar.

Aunque no es justo que diga eso.

No es la primera persona de la historia que ha dejado todo atrás y que ha «empezado de cero», como se suele decir en su país de adopción. No es la primera madre que ha dejado a sus hijos. Esas cosas pasan, aunque nos escandalicen cuando las descubrimos.

Pero sus circunstancias son extremas. Qué forma tan impersonal de expresarlo. Si pudiera escribir sobre lo que pasó, sobre ella, con un estilo poético y apasionado, en vez de con mi fría eficacia... Si supiera, no lo plasmaría en prosa, sino que compondría un aria.

Sí, sus circunstancias son extremas y su depresión, su desolación, natural e inevitable. Ya habíamos comentado que iba a pasar por esa fase. Aunque, dado su delicado estado mental, quizá no había llegado a comprender el carácter irrevocable de lo que iba a hacer, no había aceptado que jamás volvería a ver a sus hijos. No, así no podía continuar. Pero no dudé, y no dudo, que se sobrepondrá. Es una superviviente. La mujer más fuerte que he conocido.

No obstante, la «vida real» la tuvo que dejar sorprendida. Siempre había querido vivirla, o eso pensaba. En sus fantasías se veía en un autobús de dos pisos, del mismo modo que otras personas se imaginan en un carruaje tirado por caballos. Mientras

trazábamos nuestro «planecillo» (así es como lo definía; es una mujer muy ocurrenente, aunque nadie considera que las princesas puedan tener sentido del humor), me recordaba todas las veces en que había salido a pasear por una calle de Londres «sin que la gente se diera cuenta». Tampoco eran tantas, las podíamos contar, porque habitualmente un fotógrafo, o varios, descubrían el truco. ¿Y en qué consistía el truco? Pues en que era imposible que fuera la princesa de Gales, con vaqueros y una sudadera, la que estaba hojeando unas revistas en la sección de prensa de una tienda. Otras veces se disfrazaba con una peluca, unas gafas de sol, en una ocasión con un uniforme de policía, cosa que hizo un par de veces en la primera época, con su cuñada, para divertirse un poco, y después, ya desesperada, para llamar por teléfono a algún hombre de quien estaba enamorada y que no merecía ese amor. Ya sabía, pues, que los disfraces funcionaban.

Pero la rutina implacable de dedicarse a comprar, a cocinar, a lavar y fregar, a pesar de que sin duda nunca ha llegado a desprenderse del todo de cierto complejo de Cenicienta, se le ha hecho pesada. Cuando fui a verla todavía no había contratado a una asistenta. A finales de noviembre ya llevaba dos meses apañándose sola. Un aspecto del que se enorgullece aunque después acabaría cediendo.

También lleva una peluca y se tiñe el pelo: nunca ha sido mujer de medias tintas. Jamás la había visto tan morena. Ahora tiene los ojos castaño oscuro y se queja de que ponerse y quitarse las lentillas es un engorro.

En septiembre, cuando fuimos a la clínica de Belo Horizonte (la ciudad en que se escondió) a que le «rellenaran» los labios, se pasó todo el trayecto en coche con dificultades para respirar. Llevaba dos semanas sin salir a la calle, con las cortinas corridas y racionándose la comida que le había comprado. «Dios mío», no dejó de repetir en todo el trayecto. «Dios mío.»

Yo le dije: «¿Me permite un par de comentarios, señora?». En primer lugar, que no iba a estar más de cuarenta minutos en la

clínica, y que no tenía por qué quitarse las gafas de sol si así se sentía más cómoda. En segundo lugar, que lo cierto era que nadie la estaba buscando. Ya nadie la perseguía, aquello había terminado, nunca más lo sufriría.

Recobró la compostura y movió el espejo retrovisor para cerciorarse de que ahora era una atractiva morena de ojos negros.

–¿Quieres dejar de llamarme señora, por favor? –me pidió.

Tiene los labios más carnosos, y creo que se quedó contenta con el resultado cuando bajó la hinchazón y tuvo claro que no iba a parecer que siempre estaba poniendo morritos.

–Me han puesto de lo más sexy, ¿verdad, Lawrence?

No deja de ser coqueta ni cuando más angustiada se siente.

En noviembre se sometió a una rinoplastia en Río, aunque yo opinaba que no le hacía falta. Sin embargo, cuando has sido la mujer más fotografiada del mundo no te llegas a creer del todo que no te vayan a localizar. Tres semanas después, cuando la dejé en Carolina del Norte (me había ocupado previamente de conseguirle la casa, claro), advertí que le habían hecho una obra de arte. También, que había acertado de lleno con esa decisión. Al sumar la nueva nariz a la nueva boca, el cambio de su aspecto había aumentado no de forma aritmética, sino geométrica; daba la impresión de que se había alterado, como seguramente había sucedido, el equilibrio de sus rasgos.

*21 de enero de 1998*

Quién sabe lo que estará haciendo ahora. Intento imaginarlo, pero no puedo. Ella había fantaseado muchas veces con llevar una vida «normal», pero siempre al lado de un hombre que la rescataría. Pero eso no iba a suceder, y al final hasta ella se dio cuenta.

Le dejé varios libros: *La feria de las vanidades*, *Orgullo y prejuicio*, *Madame Bovary*, *Crimen y castigo*.

–Me produce mucha ternura, Lawrence –me dijo–, que me consideres lo bastante inteligente para leer todo esto.

¿Qué estará haciendo? ¿Cómo ocupa sus mañanas? A lo mejor se ha aficionado a la jardinería. A lo mejor se ha sacado la tarjeta de una biblioteca.

Me cuesta imaginarla con una vida como la de los demás, y no sé si es un síntoma de que la idealizo o de que me muestro excesivamente condescendiente con ella. Cuando no tenía algún acto público solía pasar el rato sola, en el sofá, bordando un cojín y viendo la televisión.

Le encantaban los culebrones, pero, por mucho dramatismo que hubiera en los argumentos, su vida resultaba mucho más dramática. Por complicada que hubiera sido su existencia anterior (por decirlo, de nuevo, con cierta ironía), seguramente la echaba de menos, y, cuando la veía, casi me daba la impresión de que le molestaba poder ir por la calle sin que la molestasen. Por ejemplo, cuando la llevé al hospital para que le hicieran la rinoplastia, no se pasó todo el trayecto respirando entrecortadamente, como había sucedido en la anterior visita a la clínica, aunque, según el folleto, iban a someterla a una «atenta supervisión» durante su estancia. En esta ocasión se mostró decaída, casi no dijo nada; cuando le pregunté si estaba preocupada, respondió:

—¿Por qué iba a estarlo? Ahora soy una más.

Lo cual no dejaba de ser cierto. Seguramente Río es la capital mundial de la cirugía plástica. Comprarse una nariz nueva resulta tan sencillo como comprarse un vestido nuevo en un catálogo: te enseñan una serie de fotografías y eliges el estilo que más te gusta.

Sin embargo, me puse pálido cuando llegamos a la recepción y vi que su imagen acaparaba muchas portadas de las revistas que tenían. Durante la «consulta» con el cirujano, una charla justo antes de entrar en quirófano, cuando ella ya llevaba la bata de hospital y estaba sentada en la camilla, me puse en el regazo la revista que había cogido y le di la vuelta; me dio la sensación de que me ardían las rodillas. Ella ya iba sin maquillaje; algunos mechones oscuros se le habían salido del gorro de plástico. Tras los

preliminares, el cirujano, un hombre untuoso, un donjuán vestido de médico, empezó a estudiar su perfil. Habían pasado dos meses desde su supuesto ahogamiento en el mar. Su imagen seguía dominando en los medios de comunicación. Por discreto que fuera su aspecto con aquella bata y aquel gorro, ¿cabía la posibilidad de que el cirujano la reconociera? Contuve el aliento.

–Cielo –me dijo ella–, pásame la revista. Qué guapa era, ¿verdad? Me gustaría que me ayudara a parecerme a ella. ¿Sería posible?

El médico apenas echó un vistazo a la revista:

–Qué tragedia. Una mujer bellísima. En su caso, si me lo permite, lo que propondría es que suavizáramos un poco esta parte, y ésta, y que desplazáramos un poco las aletas. Creo que le va a encantar el resultado.

Ella accedió apenas con un murmullo y él empezó a dibujarle unas marcas en el rostro. Yo me senté a su lado y, supongo, asumí el papel de marido. El cirujano debía de encontrarse con esa situación todas las semanas. Un marido que acompaña a su mujer a un viaje a Brasil para que ésta se haga unos arreglitos estéticos; después, un par de semanas en la playa para que la esposa se recupere, antes de volver a casa con un semblante sorprendentemente «rejuvenecido».

Pero he de reconocer que me puse nervioso; era la primera vez que lo estaba tanto desde que la habían declarado muerta. A la mañana siguiente, cuando volví a verla, me tuve que quedar cinco minutos de reloj en los escalones del hospital, agarrándome a la barandilla, mientras las piernas se empeñaban en fallarme. Me avergüenza recordar que no sentía miedo sólo por ella, sino también por mí; el pavor que me inspiraba la posibilidad de que nos descubriesen creo que se debía, fundamentalmente, al oprobio en el que me vería sumido de forma inevitable.

Conseguí serenarme. Durante unos segundos quise caer fulminado en ese momento, que un coágulo repentino acabara adelantándose al tumor, dejar de sentir la amenaza de la espada de Damocles, no estar ya al servicio de él, ni de ella, ni de nada, ni de nadie. Pero

recobré la compostura, recordé uno de mis atributos como inglés, esa capacidad de no mostrar ninguna expresión en el rostro, de reprimir las emociones como la guardia del palacio de Buckingham.

Estuve a punto de soltar una carcajada al verla en la cama pintándose las uñas de los pies. Con esos ojos negros, la nariz vendada y el rostro hinchado, ni yo la reconocía.

–Estoy horrible –me dijo–. Y las enfermeras creen que soy la caprichosa mujer de un rico, que no tiene nada mejor que hacer que andar operándose una nariz preciosa –añadió malhumorada.

Dos días después la acompañé a casa. Fue un trayecto largo y, de nuevo, silencioso. Preparé la cena, o, más bien, metí dos bandejas de plástico en el microondas mientras ella se echaba en el sofá, debajo de una manta, dejando sólo al descubierto la parte superior de la cabeza y dos ojos amoratados. En los días posteriores estuvo del peor humor que le había visto jamás. Ni angustiada, ni histérica, ni mostrando esos esporádicos rayos de luz con los que lograba iluminar hasta el mayor de sus abatimientos. Creo que estaba procesando el hecho de que no la iban a reconocer ni los vecinos, ni los dependientes de las tiendas, ni las enfermeras, ni nadie. Ahora, cuando salga, puede adoptar todas las precauciones que quiera en la forma de vestirse, de hablar, en lo que dice, pero el elemento dramático quedará circunscrito a las películas que ella proyecte en su cabeza. Sus salidas al exterior no estarán llenas de adrenalina. Se ha bajado el telón. Han cancelado el culebrón. Y aquí empieza el resto de su vida.